



APROPÓSITO DE REMEMORAR, REPETIR Y ELABORAR UNA FENOMENOLOGÍA DE LA MEMORIA, EN CLAVE FREUDIANA.

ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE CÓRDOBA
Octubre, 2006.

Marcelo N. Viñar.
Setiembre, 2006.-

Hoy es siempre, todavía...

Antonio Machado
(Proverbios y cantares. S. VIII)

Propongo un punto de partida, un acuerdo de base – elemental –: Quien rememora o recuerda ... o repite, se instala a recuperar o actualizar el pasado, quien elabora se instala a proyectar el futuro.

Y en la realidad mental, el presente es ese instante perpetuo desde que nacemos hasta que morimos, en que incansablemente nos empeñamos en descifrar al mundo y articular lo que fuimos con lo que somos, con lo que podemos o anhelamos ser, o con lo que tememos y evitamos ser. Momento perpetuo (de ahí mi referencia al poeta), siempre necesario, ineludible, donde se articulan los logros y las fallas de la memoria y el proyecto.

Planteado de este modo, estas tres nociones clave de los Escritos Técnicos de Freud, remiten a la problemática de la Memoria y la Temporalidad Psíquica, que yo creo que no pueden ser tratados de la misma manera en la actualidad, que en el momento de fundación, hace un siglo ...y donde la fidelidad al fundador, no es citarlo y repetirlo, sino asumir la responsabilidad y el riesgo de reinventarlo, al menos renovarlo.

La articulación de lo retrospectivo y lo prospectivo en el tiempo interior: ¿Cómo se lo planteaba Freud hace un siglo? ¿Cómo podemos hacerlo nosotros hoy?

¿Cómo se anudan, o articulan, este siendo y haciendo que caracteriza al presente perpetuo del río de la conciencia, que siempre fluye en un hoy, tangible y candente, con el antes de una experiencia que se puede corroborar a veces con la cronología concreta de las fechas y el calendario y con lo sustantivo de las pruebas de lo ocurrido que pueden detectar el detective, el antropólogo y el historiador...

Pero hay otra relación al pasado, que despliega un abanico de horizontes múltiples donde la meta no es crear la prueba objetivable y la certeza; sino abrir un espacio de cuento y de leyenda interior, de pequeñas novelas, que por ser orales se llaman sueños diurnos. A veces sin fin aparente, otros con una machacona reiteración, donde insisten los temas que nos deleitan o nos hacen padecer. Es esa temporalidad de las fábulas y los cuentos infantiles, que en definitiva es un tiempo sin tiempo – un tiempo perpetuo- (por eso se habla que el inconsciente es atemporal)

– en ese tiempo que se conjuga en pasado indefinido: “Había una vez un lugar, donde yo era el personaje central, el héroe o la víctima (o el héroe y la víctima)”, es allí, donde en una temporalidad diferente a la del calendario, se despliega una biografía ficcional, cuyo argumento no es literalmente lo que ocurre en un naturalismo realista, sino en un realismo mágico, mitad verdad cotidiana, mitad verdad fantasmática, que es la materia prima en cuya salsa se cocina la perlaboración.

¿Cómo es que si alguien o yo mismo invoco mi nombre, salen a luz personajes tan distintos como los que yo fui en mi infancia o adolescencia, o en diferentes momentos y situaciones de mi vida? Y puedo experimentar – simultáneamente – un sentimiento de continuidad y de mismidad y a la vez tener la conciencia y el sentimiento del contraste entre los personajes diferentes donde se dispersa y se realiza mi existencia.

En los tiempos inaugurales del psicoanálisis, los freudianos creímos con Freud en la restitución integral del recuerdo, el encuentro con el hecho traumático, patógeno. Como había también una historia demostrable, una realidad histórica que nos permitía mirar y juzgar el pasado histórico tal como había sido. Véase por ejemplo este extracto de los “Estudios sobre la histeria”(1895):

“El síntoma desaparece cuando se consigue despertar con plena luminosidad el recuerdo del proceso ocasionador, convocando al mismo tiempo el afecto acompañante”... “El proceso psíquico originario tiene que ser repetido con la mayor vivacidad posible en status nascendi y declarado en palabras.”

Subrayo:

Un proceso ocasionador, originario, detectable, ubicable, colocaban al psicoanálisis (y a la historia) en las lógicas del determinismo universal de las ciencias naturales (un requisito para ser ciencia seria y no charlatanería) Durante décadas, en el papado de Popper, el determinismo universal de Poincaré era el criterio de científicidad, y las ciencias humanas eran relegadas a los arrabales, a la inmadurez o la charlatanería solipsista.

Renunciar al referente histórico objetivable, “nos tiraba a la marchanta”, al relativismo o al vale todo, y Freud nos sacó de esa peripecia con la invención de la noción de estructura, en las fantasías originarias, donde acontecer material y acontecer psíquico no coinciden, no se adosan punto a punto. (Aunque tuvo que inventar su improbable teoría de la filogénesis para justificar su postura: su realismo outrance: si no se constata castración y parricidio en la historia de hoy, al menos fue real en la prehistoria y en la noche de los tiempos, decía Freud).

Pero la fundamentación de la estructura no precisa esa justificación, ¿cómo argumentar entonces nuestra relación al pasado? No fue necesario esperar al psicoanálisis para que esta problemática se planteara. El ser humano siempre se relacionó con el pasado, tuvo y tiene necesidad de conocer o inventar sus orígenes. Los personales y los de sus grupos de pertenencia. Saber de su alma personal y de sus almas colectivas. Y si la encuesta es: ¿quién soy? ¿de dónde vengo?, la interrogación en presente siempre tiene un antes precursor. Como dijo Freud respecto al objeto de la pulsión, nunca hay encuentro sino reencuentro. No hay conocimiento sino reconocimiento. El problema entonces incluye pero desborda al psicoanálisis. Conviene indagar lo que es propio de nuestro oficio, pero no aislarlo de los quehaceres y prácticas afines. Las cosmogonías, las mitologías y religiones, nos informan que el problema del pasado estaba ya allí, antes de la modernidad y sus “ciencias”. Luego éstas (las ciencias) prometieron que la observación metódica y experimental iba a exorcizar la magia y llegar a la esencia de las cosas. Buscando las causas llegaríamos a la causa de todas las causas, a la causa de todas las cosas, a la verdad esencial despejando lo accesorio. Para los

lectores de Proust y García Marquez mis aclaraciones serán innecesarias y superfluas, pero para los adeptos al racionalismo de la ilustración, domesticados por la anamnesis sistemática, que se trasmite en la enseñanza media y universitaria, y en las aulas de psicología y psiquiatría, conviene abrir este espacio alternativo, -(del mundo ficcional donde pulsa el deseo)-, en tensión con el mundo grato o lúgubre que nos impone la adaptación a lo que hay.

Mucho agua ha corrido bajo el puente y en lugar de llegar a las certezas seguimos navegando en la no predictibilidad... incluso, como van las cosas, a dudar de la supervivencia de la especie
...

En psicoanálisis, el pasado fundador y la causa es la infancia, o la sexualidad infantil. El problema es definir de qué infancia y de que sexualidad hablamos. El pasado, como tal, no es recuperable, la transparencia o epifanía a la que apuntaba la historia como ciencia positiva, es una ilusión, más un error que una utopía irrealizable.

El pasado se impone. Como dijo Nietzsche el hombre está atrapado en una aporía: la de no poder huir de su infancia con el olvido, sino condenado a su conocimiento, a riesgo de que este lo aplaste.

Pero la memoria no es un tesoro, ni un tesoro de archivos inertes, ni una máquina de fotos o de cine con un objetivo hacia atrás... La memoria es un organismo vivo. Su etimología se confunde con la de Mental, lo que destaca que no es una facultad mental aparte, o distinta, sino constitutiva del pensar. En la mitología griega la Memoria es la madre de todas las musas. En su definición habitual se enfatiza como capacidad de invocar y actualizar el pasado – y se opone a olvido como la capacidad de borrarlo. Pero si el pasado no actúa como suma de archivos, tampoco lo hace como desorden de posibilidades infinitas, sino que es una construcción, una invención y reinención de horizontes múltiples pero limitados. No hay conocimiento sin reconocimiento. No hay presente virgen de memorias. San Agustín habla de los palacios de la memoria, con sus salones luminosos y exhibibles y sus sótanos oscuros y sombríos. El pasado habita al presente, siempre está allí, sereno o intrusivo, se le invoca y se le disfruta o se le padece. Se le busca o nos invade, para disfrutarlo o padecerlo, como nostalgia o intrusión.

El pasado está siempre allí con nosotros. En el trabajo interminable de interiorizar el mundo, el trabajo de memoria y olvido operan perpetuamente un trabajo de selección y recorte. La operación memoriosa o historiadora no se zambulle sin afectos a explorar o a rescatar el pasado, sino (como destacaba Nacho Leucowicz), anuda puentes de sentido entre las conjeturas de lo que fue y las inquietudes o enigmas del presente. Es la resolución de un enigma de hoy, del malestar o del dolor psíquico que nos provoca, lo que anima y propulsa la búsqueda. El pasado que nos interesa en psicoanálisis no prefigurará el presente, como en biología el renacuajo prefigura la rana, o el potrillo al caballo, en una causalidad lineal, fatal y determinista. Tampoco es un desorden de posibilidades indefinidas e infinitas. Son formas concretas, en número limitado, que nos interpelan, nos invocan o nos llaman.

Cuando Freud descubre la importancia de la sexualidad infantil en la etiología de la neurosis y en la formación del carácter, cuando reenvía a los “clichés infantiles” con la noción de repetición, como clave del padecimiento neurótico, nos entrega un problema en la definición de causalidad y determinismo psíquico, que será el eje de mi interrogación de hoy.

La infancia es el origen y el comienzo de las cosas. De acuerdo. Pero, ¿de qué infancia estamos hablando? Hay una infancia biográfica, marcada por los lugares y las fechas de la cronología y el calendario, de la edad de los astros o de nuestras arterias (que biológica e irremisiblemente avanzan en el ciclo vital biológico del nacer, crecer, envejecer y morir). Este naturalismo no puede serle ajeno al psicoanálisis, pero tampoco agota su campo de interrogación. Ya que estoy en Argentina, un maravilloso escritor y pensador, Juan J. Saer, muestra como en ciencias humanas la relación entre verdad y ficción son diferentes y mucho más complejas que en biología y ciencias naturales.

¿De qué infancia hablamos en Psicoanálisis?, de la biográfica que vivimos (de la “objetiva” se dice tramposamente en el lenguaje habitual), en un naturalismo que pone en coincidencia al psicoanálisis a la biografía y a una psicología del desarrollo. El criterio es legítimo para la noción de temporalidad y causalidad que se manejaban hace un siglo y que el mismo Freud aceptó y utilizó, pero nos dio luego las pistas y las claves para superarlas.

La noción de repetición dice como somos prisioneros de nuestra infancia, no sólo de la vivida y biográfica, sino de la infancia que soñamos y de aquella que vivimos en nuestros anhelos y temores.

La vida fantasmática no habita la temporalidad del calendario que dice 2006 de la era cristiana o 5 mil y tanto de la judía. No se trata de cronos, del tiempo progrediente del reloj y el calendario, sino de ese tiempo mítico que G. Koolhaas ha llamado tiempo caleidoscópico, ese que dibuja figuras de alegría o pesadumbre, de estancamiento o progresión, donde el ahora tiene una flecha hacia el pasado y otra hacia el porvenir. En la máquina de significar que es la mente humana (el aparato psíquico), discernir la realidad de la ficción puede ser fácil y obvio en los asuntos triviales, intrascendentes (dice Saer) pero en aquellos temas que conciernen al psicoanálisis, la distinción pocas veces es necesaria y una dicotomía radical entre la realidad del trauma y la pregnancia de las fantasías originarias, no es el camino adecuado. Yo no propugno confundir la fantasía incestuosa con el abuso infantil, ese es un dilema muchas veces muy difícil para el jurista o el psiquiatra. La verificación de objetividad es de poca ayuda cuando se trata de realidad psíquica, donde cada recuerdo es una construcción o invención con fronteras tenues entre un acontecido inalcanzable y una ficción eficaz en sus efectos actuales. Estos recuerdos son nuestra materia de trabajo como psicoanalistas. Se trata de distinguir la distancia o el intervalo entre acto material y acto psíquico.

La infancia es un mito o un horizonte del comienzo de las cosas. En nuestro anhelo, siempre insaciable y frustrado de encontrar un alfa, una causa prima la causa de todas las causas, ese horizonte inalcanzable es el mejor señuelo de la interrogación. Sólo en las religiones encontramos la luminosidad y transparencia de las respuestas o en un cientificismo que llega a su meta y resulta un fetiche. No es sólo la infancia vivida objetivamente, sino es en aquella soñada, imaginada, temida, que vivimos en la objetividad de nuestra vida íntima, de nuestro acontecer psíquico, poblado de anhelos y temores, donde se produce la causalidad psíquica. El psicoanálisis, el inconsciente, es como el dios de los judíos, oscuro, opaco, innombrable, “Yo soy el que soy”, dice Jehová. Tautología fundadora y enigmática. Es justamente en la plasticidad del fantasma y no en la roca de lo real, que nos apoyamos para promover el cambio psíquico y cimentar la acción terapéutica del psicoanálisis.

Abandonar el referente causal material no nos bascula al vale todo o al relativismo. La escena infantil fundante, desemboca en la aporía entre trauma y fantasma, entre lo “verdadero” y lo ficcional de lo que aconteció allá y entonces. Reconstrucción imposible de la escena infantil fundante, en la penumbra de lo que efectivamente ocurrió y lo que inventó nuestra imaginación

con restos, fragmentos de frases oídas o escenas vistas, cuya primera lectura ha sido críptica (los significantes enigmáticos de J. Laplanche) y que vamos tratando de descifrar parcialmente en reinterpretaciones sucesivas y siempre insatisfactorias, insuficientes para saciar nuestro anhelo de saber absoluto. Es explorando esas penumbras que avanzamos, pero el hallazgo y el deleite están en el viaje, no en la llegada.

La repetición, pensada o marcada al comienzo como el estigma del daño o del mal, -como responsable de nuestras “fijaciones” neuróticas o patológicas- ha recibido una redención ulterior. Ya que desde los iniciales fonemas y gestos expresivos se van reforzando hábitos, estilos y ritmos que modelan la manera de ser y de vincularse de cada sujeto. En la repetición hoy se pueden discernir gestos patológicos y gestos instituyentes. Desde sus formas patológicas (como tics, onicofagia, tricotilomanía, o tartamudeo o cualquier otro síntoma), hasta los rasgos y estilos creativos que nos distinguen unos de otros, no somos iguales o uniformes, sino diversos, aunque esto sea fuente de conflictos y padecimientos. Distinguimos entonces, repeticiones mortíferas o saludables, que sostienen las inscripciones psíquicas las que necesitan un tiempo durable de asimilación, de posibilitar el trabajo elaborativo, fuente de toda creación. Hoy en un mundo de vértigo a bout de soufflé, -(sin aliento)-, estos procesos están amenazados, y añoramos aquellas más parsimoniosas.

Entre la monotonía de lo uniforme (de los uniformes) y los conflictos que derivan de la diversidad, transitamos el destino humano, tanto en lo individual como en lo colectivo. Freud es el gran artesano donde estabilidad y cambio, transformación y reiteración, son el anverso y el reverso, otro de los pares antitéticos de los muchos que inventó o descubrió para metaforizar el destino humano, del individuo y de la especie. Así navegamos, entre la noria de la repetición (estéril) y la espiral de la perlaboración (creativa).

En lo que me he vuelto hereje de la biblia freudiana es en el atribuir la exclusividad de la eficacia traumática en la génesis de la neurosis al trauma sexual, al shock sexual primero y sus avatares de elaboración fantasmática. Entendámonos bien, en nada cuestiono la vigencia y eficacia de la sexualidad temprana o arcaica en la estructuración del psiquismo, en la construcción de los síntomas y/o los rasgos de carácter, en eso que se llama la personalidad. Por un lado, con lo poco que leo de epistemología, he renunciado a las monocausalidades explicativas a favor de paradigmas complejos, quizás análogos a lo que en ciencias duras se llama causalidades disipativas y catastróficas. Pero sobre todo y más allá del argumento teórico-especulativo, sobre todo por que en la clínica actual, ese personaje único y duradero ha perdido su unidad perpetua, para desplegarse (como en los rostros de la pintura clásica hasta el cubismo de Picasso), en la fragmentación de “la persona” en potencialidad de personajes múltiples. ¿Seré yo hoy el mismo en Córdoba o Montevideo, que en Haifa o en el Líbano? ¿Seremos hoy los mismos que seríamos si no hubiéramos transitado y atravesado durante tres décadas el horror de la dictadura?

El Sujeto Hoy.

Los ritmos narrativos.

“Para que el Narrador sea posible se requiere una situación de distensión que hoy se vuelve cada vez más rara...El aburrimiento es el pájaro fantástico de una experiencia... Sin él, se pierde el don de saber oír y desaparece la comunidad de oyentes. “

(Cita no precisamente textual de EL Narrador. Walter Benjamín)

El sujeto del tercer milenio es el del vértigo del acontecer, de la soledad en la multitud y de la saturación de información. En el 6° piso de la New Tate Gallery de Londres (el que suscribe, que padece de cierta an-hedonia respecto a ciertas artes plásticas) quedó estupefacto, anonadado y conmovido por la obra que paso a explicar en palabras. Aclaro: Si bien mi reacción a la música es instantánea, como agrado o rechazo, soy bastante paquidermo para las artes plásticas (y a pesar de los esfuerzos conyugales para educarme) mucha pintura me es indiferente. Se necesita un Vangogh o un Vermeer o Rembrandt, para conmovirme y la lista termina pronto.

El paquidermo, ya harto de mucho ver en la Tate, cuando llega al último piso, se vio sacudido y atrapado por un tal Mark Wallinger, que hizo en 1997 un audiovisual de 10 minutos al que llamó “Ángel” (Wallinger, 1997).

Ángel sitúa la escena en las escaleras mecánicas más gigantes y numerosas de un tren subterráneo europeo.

A izquierda y derecha del personaje central se desplazan en contrasentido, raudos y veloces los cientos o miles de pasajeros que corren de un lado a otro, que llegan o se van de ese andén, a ritmo vertiginoso. Una escala descomunal para un habitante de este paísito. Al centro, el personaje principal, vestido como youpi, con impecable elegancia británica. Sólo se destacan -por contraste- los lentes negros de carey grueso, y el bastón, cuyo movimiento en limpia-parabrisas, lo identifican como un ciego. Mientras que en los laterales las miles de gentes se desplazan febrilmente y vertiginosas, el youpi ciego se mueve con el mismo empeño que los otros pero no avanza ni retrocede ni un paso. Mientras repite murmurando al principio de modo inaudible y luego en un progresivo crescendo que se vuelve ensordecedor: “At the beginning, it was the word world”. Yo atribuí a mi mal inglés o a la sordera de la edad, la frase reiterada, pero al salir leí en el folleto explicativo, que la cinta estaba colocada al revés para provocar una audición confusa (sobre todo entre mundo y palabra), en inglés word y world. Y capturados en el equívoco culmina con el Himno a la Alegría de la Novena Sinfonía de Beethoven, al máximo del volumen soportable, y el ciego sigue caminando empeñosamente sin avanzar un centímetro hasta que súbitamente es aspirado por la nada.

El narrador asume la transmisión de su propia experiencia. El relato configura al ser, sostiene Myriam Revault D'Allones. Pero no hay narrador sin oyente, no hay narrador sin testigo. El destinatario configura el relato tanto como el autor. La unidad mínima es una pareja, matriz de un entre dos íntimo, de un espacio potencial donde se genera el psiquismo que en cada acto se produce o se cancela, aunque la suma de momentos sincrónicos, en sus continuidades y discontinuidades produce melodías (espacios poblados) o silencios (espacios desiertos). Así cada destino humano traza andariveles e itinerarios donde se construyen amores y soledades.

La tragedia griega con el protagonista y el coro –como prototipo y quizás todo el teatro y cierta novela – nos ayudan a descubrir y aprehender al sujeto hablante –también escénico y dramático- que discurre en la sesión bajo el mandato de la asociación libre y la atención flotante. La tragedia es el género de la representación-tipo, donde el espanto se actualiza y produce la catarsis de la emoción en la mimesis. El otro sufriendo provoca el miedo, la piedad, la huida, la repulsión, esos sentimientos humanos, que están al borde de lo inhumano, y son una zona privilegiada del espejo donde se produce el reconocimiento del prójimo, postura cognitiva

que Revault D'Allones estudió en la mimesis de Aristóteles, en sus efectos subjetivantes. La mimesis evidencia que el re-presentar no es copiar o repetir, sino una recreación activa entre el modelo sabido y algo nuevo e inédito.

Este espacio relacional íntimo -del que la sesión analítica es un prototipo casi experimental de un universal antropológico- es lo que está afectado o averiado en situaciones extremas. Llamo así al desamparo y el hambre crónico en la pobreza extrema, en el maltrato doméstico y su expresión máxima y mejor estudiada es el campo de concentración nazi. Arendt dice que no hay nada comparable. Algo increíble para el sujeto mismo que no sabe si está vivo o está muerto.

¿Cómo volver representable y trasmitible, esto horrible que suprimió las condiciones de representabilidad, al punto de romper la capacidad del relato? Es esta la intuición básica¹ de Benjamín, por que lo humano es la compulsión a transmitir. Pero ¿cómo expresar lo que la crueldad humana puede hacerle a otro humano? La desproporción entre la experiencia vivida y su traducción en un relato, que cuando fracasa se convierte en mostración compulsiva.

Compartir vivencias en el grupo al que se pertenece forma parte de la condición humana. No es el hecho pasivo de que el humano viva en sociedad, sino que cada individuo construye lo social para vivir en su seno. (Godelier) Es lo que llamamos referentes identitarios de una cultura o mitos y leyendas de un origen.

Los procesos identificatorios que configuran el andamiaje de eso que en la esfera íntima se llama estructura psíquica y en su expresión consciente interpersonal o psico-social, se denomina construcción identitaria.

El sujeto se construye a través de procesos endopsíquicos que modelan su erotismo y su moralidad y simultáneamente, a través de una inscripción en la genealogía y la cultura, lo conforma como sujeto social. Es esta doble vertiente, una que configura lo privado y lo íntimo, eso que luego llamamos nuestro fuero interior, en complemento y contraste con un espacio micro social y público de donde surgirá el ciudadano.

El tejido y la trama de afinidades, lealtades y pertenencias es uno de los ejes significativos para sentirse alguien, para ser reconocido. Este reconocimiento es un componente de la construcción identitaria y su avería es crucial en la experiencia de exclusión. En el martirio de la tortura y el mundo concentracionario, esta función constituyente de la humanidad del humano, queda mutilada o averiada.

El horror, el dolor extremo, no genera experiencia, sino espanto, no genera representaciones y relatos, sino vacío representacional y por ello lo ocurrido es difícilmente transmisible y compartible.

Si, como dice Benjamín, contar la propia historia es un gesto humanizante y un derecho inalienable, la condición de terror del sistema totalitario y el de la exclusión social, obturan ese espacio de intercambio humanizante y abren las condiciones para la grupalidad sociopática (tribus, bandas, patotas).

El rasgo identitario particular exaltado en estos grupos segregados, muestra la incapacidad de integrarse a un espacio humano compartible y grita con estridencia (¿dolor transformado en

¹ Benjamín: *el Narrador*” (1936) observa que los soldados vuelven mudos de las trincheras de Verdum, incapaces de transformarla en experiencia compartible y comunicable. El espanto atrapa al sujeto y paraliza la narración

agresión?) el signo distintivo de su diferencia. Para emplear palabras de Robert Antelme, transforma lo inenarrable en la mostración compulsiva y en el deseo frenético e impostergable de expresar una afirmación identitaria y denunciar la inhumanidad del semejante.

Creamos un devaneo donde navegamos por las galerías de los recuerdos, de los anhelos y las angustias. Buena parte de este devaneo no se toma a sí mismo como destinatario, sino que busca un testigo y confidente a quien está destinada la interlocución, que nunca es neutra, siempre está cargada de deleite o de temor. Desde el amigo imaginario de los niños que hablan solos, hasta el “hablar con el hombre que siempre va conmigo”, como dice en sus Cantares Antonio Machado, este coloquio interior dura toda la vida. Sospechamos que su obturación es causal de actos violentos, auto o heteroagresivos.

Como subraya Benjamín, nadie quiere morir sin dejar un legado de recuerdos. El oprobio y la humillación de aquello que es un origen mansillado sólo pueden ser tramitado por la venganza. O, en el mejor de los casos la producción de un gesto sublimatorio, el de restituir por el lenguaje y la memoria aquello que fue destruido por la violencia.

Lanzo, como cierre, esta interrogación que me trabaja, el enigma que me abre muchas preguntas para las que no sólo no tengo respuestas, sino que aún trazar los caminos de exploración es tan difícil como imprescindible. Tengo la percepción o convicción que cuando los psicoanalistas (o los humanos en general), pensamos en la disyuntiva entre perlaboración y compulsión a la repetición, una arista a explorar, sin abandonar la perspectiva del conflicto interno (de nuestras fobias y obsesiones, de nuestras ansiedades y defensas), es también enfocar esa interfase, esa frontera entre lo individual y lo colectivo, donde lo tradicional de la investigación psicoanalítica sobre lo íntimo, no eluda la problemática de la inscripción del sujeto en el socius, ya que las maneras sublimatorias, o neuróticas, o perversas de estar en la urbe, en un mundo ciudadano, en el espacio público y social, todo esto debe formar parte, o al menos no ser excluido o evacuado del espacio del sujeto en la experiencia freudiana.

RESUMEN:

El temario del (46° IPAC) de Berlín se propone retomar los conceptos freudianos un siglo después... menudo desafío. Mi tesis es que los mismos conceptos para ser vigentes hoy, no pueden tener la misma textura que hace un siglo. Marie-Claire Caloz, politóloga postula: “El anclaje en la historia es ineludible, so pena de la desaparición de la posibilidad misma del pensamiento. La creación se capta y evidencia en su novedad, al cuestionar la herencia, la tradición, las lógicas, las categorías, la historia del pensamiento.”

Marcel N. Viñar
Joaquín Nuñez 2946 CP. 11300
Telf: (598 2) 711 7426
E-mail: maren@chaque.net
Montevideo - Uruguay